

¿ De dónde vienes, pequeña desconocida,
con todo ese silencio que guardas, con atenta vigilancia,
en el precipicio de tu sonrisa?
¿Qué enredadera se aloja en los pies que te sostienen?
¿Cuál es tu rumbo?
¿Has venido a habitarme ó solo abriste el portal de las promesas
truncas,
y me encontraste gritando, con furia, por una causa perdida?
¿Cuál fue tu nombre?
¿Cómo he de llamarte cuando te eche de menos?
Cuando añore, con impaciencia, el regreso de tu talle,
recordando, al punto de la obsesión, la calidez de tu fuego al anu-
darse al mío.
Esa forma tuya de apoyar la cabeza sobre mi pecho,
de quedarte allí, sumida en el rumor de mi marcha,
escondiéndote de la prisa que hay fuera, tras el cristal cómplice en
el que me convierto.

Me aflige pensar que te puedes diluir entre mis dedos y que no podré
restaurarte,
no por negligencia, si por ignorancia del trato oportuno.
No podría, entonces, volver a surcar las formas que te componen y
que contienen tu arsenal de conjuros, hasta sentir cómo una certi-
dumbre se convierte en frenesí, despojada de toda pretensión.
Seré un meditabundo,
un habitante del desierto,
un inquilino del desván con la extraña fijación de convertir todo en
cenicero.
Al final, tendré que reconocerte como prueba de supervivencia de
aquel soplo primigenio,
Habitada por un mar de lava, donde se aderezan tus fibras.